

Ella será mi madre, y yo su hijo,
 Yo cuidaré de su inocente vida
 Cuando llegue la amarga despedida.
 — Jesús, enternecido, nada dijo.

¿Qué ves, Señor, surgir en el futuro,
 Quizá la ingratitud de tus amados,
 O el desprecio que pongan, olvidados,
 Sobre tu amor los hombres? Yo te juro

Que en mi cariño te seré constante.

Jesús. Otros dolores me atormentan, otros :
 Habrá quien me traicione entre vosotros....
 — Judas miraba a Cristo en ese instante.

Las sombras se agolpaban presurosas ;
 El silencio tendió lento sus alas,
 Y las estrellas estrenando galas
 Se asomaron al cielo, esplendorosas.

El Cenáculo un cielo parecía....
 Jesús dejó rodar meditabundo
 Una lágrima tierna sobre el mundo,
 Y esa lágrima fue la Eucaristía.

LUIS ENRIQUE FORERO

MENENDEZ Y PELAYO

Desde el momento en que llegó a nuestros oídos la infausta nueva del fallecimiento de MENÉNDEZ Y PELAYO, fue nuestro propósito consagrar siquiera algunas líneas como homenaje de admiración al escritor insigne, gloria de su raza y de la hermosa lengua de Castilla, no menos que del Catolicismo, cuyas enseñanzas fueron siempre el norte de su criterio universal y excelso. Pero fue tan inmensa la honda pena que experimentámos, que quisimos consolar-nos pensando que esa noticia sería una de tantas con que

no es tan raro nos engañe el cable. Sin embargo, la comunicación submarina a que aludimos aparecía desde un principio con todos los caracteres de la verdad. Citábanse las últimas palabras del grande hombre, palabras que por cierto nos conmovieron hondamente: "Siento morir cuando tengo tantas cosas que hacer aún." Y a la verdad, ¿no se ve aquí palpablemente—nos decíamos a nosotros mismos—cómo *la tierra no es el centro de las almas?* Porque cierto, dichas en esos supremos momentos y por un hombre como MENÉNDEZ, que sin saberse cuándo ni cómo halló tiempo para leerse cuanto se publica en el mundo, y para escribir tantos libros que forman ellos solos una biblioteca, dichas en esos momentos supremos y por un hombre como él, de quien alguien dijo que probablemente leía o escribía mientras dormía, así como otros duermen mientras leen o escriben: están proclamando con toda elocuencia que el alma humana es inmortal, y que por consiguiente sólo *lo ideal, lo eterno, lo infinito, Dios*, pueden saciarla.

Confesamos desde luego que si no fuera por la grandeza misma del varón eximio, reconocida por todos, propios y extraños, no nos atreveríamos a decir ni una palabra por temor de parcialidad. Porque desde niños recibimos como una herencia la veneración a MENÉNDEZ Y PELAYO, veneración que se acentuó al devorar, más bien que leer, la primera obra suya que tuvimos la suerte de encontrar: *Antología de poetas hispanoamericanos*. Desde entonces fue para nosotros tan querido como acá entre los lares patrios Miguel Antonio Caro, Rafael María Carrasquilla o Marco Fidel Suárez, delicias de los años que se han ido. Y por cierto que estos tres insignes colombianos se nos parecen, y por no pocos lados, al egregio escritor de la Península. Porque los tres se le asemejan en el criterio netamente católico que los caracteriza, en la afición al clasicismo, en la pureza de dicción y en la elegancia del estilo; pero en particular se nos ocurre que Caro corre con él parejas en la universalidad de su erudición; Carrasquilla en

la transparente ingenuidad del alma, que nos la retrata toda entera en lo que escribe, como también en lo que dice, cualidad que hace de él un encanto en la amistad; Suárez, finalmente, en el sabor de la frase no menos que en la profundidad del pensamiento.

Y es así que un crítico que de ese modo estudia y describe nuestros hombres de letras y las obras por éstos realizadas como si los hubiese conocido muy de cerca, como si hubiese respirado el mismo ambiente en que ellos desarrollaron su actividad, y como si nuestras costumbres y carácter le fueran enteramente familiares, bien puede considerarse como *hijo de la casa*.

Posteriormente, con la lectura de otras obras de MENÉNDEZ, nuestra admiración por el eminente polígrafo, bibliófilo y bibliógrafo de fama verdaderamente mundial, lejos de menguar ha ido, como es natural, en aumento. Tales son, por ejemplo, la *Historia de los heterodoxos españoles*, obra monumental, dechado perfectísimo de saber, cuya aparición fue saludada en todas partes con singular entusiasmo; la *Historia de las ideas estéticas*; *La ciencia española*; *Horacio en España*; *Calderón y su teatro*; *Los estudios críticos*; los trece tomos de la *Antología de poetas líricos castellanos* y los *Orígenes de la novela*. La extensión y el radio de este último estudio es inconmensurable: la novela en la antigüedad clásica, el apólogo oriental, el cuento y la novela entre árabes y judíos, y desde ahí la descendencia de ellos hasta nuestras literaturas modernas, y la ascendencia muchas veces hasta internarnos en los períodos fabulosos de la India. Campean en él las dotes generales de MENÉNDEZ Y PELAYO, que, valiéndose de su estilo suelto, brillante y decidido, comunica al público cuanto se ha dicho de novelística, especialmente en Alemania.

Pero la obra magna de MENÉNDEZ, la que consumió la mayor parte de su existencia, es también la menos conocida, pues no ha visto aún—que sepamos—la luz pública. Nos referimos al estudio crítico sobre el teatro de Lope de Vega, obra en que analiza y anota uno por uno los centenares de dramas del más fecundo dramaturgo que han visto los siglos.

MENÉNDEZ Y PELAYO ocupa, además, muy alto puesto en el Parnaso, no obstante los detractores de los *poetas eruditos*, sambenito que alguien le echó encima; pero no queriendo tocar esta materia, nos contentaremos con decir que también de él cabe afirmar lo que Pombo escribe del inmortal José Eusebio Caro:

Poeta fue, y altísimo poeta,
No por poeta empero, mas por grande.

Universidad del
Rosario | Archivo
Histórico

Y todo en él era ciertamente gigantesco.

El, como el sol, se iluminaba él mismo.

Pero si alguno dijere que fue muy escasa la producción poética de MENÉNDEZ para merecer semejante elogio, le recordaremos lo que el mismo insigne vate que acabamos de citar, y cuya reciente desaparición tiene aún de luto las letras patrias, decía a propósito del *¿Por qué no canto?* de su amigo Gutiérrez González, que "cuatro solas de esas estrofas debieron colocar en el acto a su autor en primera línea entre los líricos castellanos, dondequiera que a la calidad y no a la cantidad se adjudique la palma de oro."

*
*
*

El 3 de Noviembre último había cumplido don MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO los cincuenta y cinco años. Nació en la noble y antigua ciudad de Santander, y allí, al lado de sus padres, y en el Instituto Santanderino, cursó con inusitado aprovechamiento las asignaturas de primera y segunda enseñanza, y cuando en 1871 se despedía de su tierra natal para ir a continuar sus estudios en la Universidad de Barcelona, no faltaron amigos ilustres de la familia que presagiaban ya el brillante porvenir de aquel joven, a quien Ortega Munilla apellidó más tarde "el niño del milagro."

Terminados sus estudios en la ciudad condal, donde obtuvo por oposición los grados de bachiller y de licenciado en filosofía, pasó a Madrid. Allí, graduado ya de doctor en filosofía y letras, y obtenida en rigurosas oposiciones la cátedra de historia de la literatura y la de filosofía del lenguaje, empezó para él una serie de triunfos no interrumpidos hasta su muerte, acaecida en Mayo próximo pasado, cuando todos esperaban se les discerniese por la Academia de Bellas Letras de Estokolmo el famoso premio Nobel, como lo reclamaba a úna la España tradicional, la de los Reyes católicos, Cisneros, Santa Teresa, Calderón y Cervantes. No sabemos si por fin le cupo tan alto honor. Pero de todos modos Dios lo llamó para darle otro premio harto más valioso: así podemos esperarlo según fue de ejemplar su vida, íntegramente cristiana, con práctico y positivo cristianismo, como lo manifestó siempre en su modo de ser y en sus escritos, que pasarán a la posteridad como acabados modelos del hablista y del cristiano. Este resalta especialmente en el que podemos llamar el *canto del cisne*, el discurso que pronunció hace un

año en el Congreso Eucarístico de Madrid, donde se ve confirmado una vez más que, como la lámpara, el genio próximo a extinguirse lanza sus más brillantes resplandores.

JOAQUÍN E. GOMEZ, S. J.

(De *El Pueblo* de Bucaramanga).

EL NIÑO EN EL EVANGELIO

A la Comunidad Salesiana en la fiesta de su Superior

R. P. ANTONIO AIME GHIAUDI

Deja! a los niños y no los estorbéis de venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos.

Evangelio de S. Mateo (xiv).

Al volver a la vida la mirada
Para sondar sus múltiples problemas
Es el primero al alma compasiva,
Tal ver por madre, el indefenso niño,
Que devora a millares la miseria
Y al que « en la lucha por la vida » vence
El moral abandono
Le llevará inconsciente,
Sin fuerza, luz, ni guía,
A pasto ser de la ambición y el dolo,
Acaso al vicio, rudo y repugnante,
O a los antros del crimen infamante.

Y de los tiempos en el largo curso
Sólo una voz se levantó potente,
Sólo una mano se extendió clemente,
Para amparar del indefenso niño
Los fueros sacrosantos
Imponiendo la ley a la conciencia
De respeto y amparo a su inocencia

¡ Oh Dios de amor ! ¡ Oh Cristo !
Cuando ante Ti mi espíritu se inclina
—¿ Y en qué momento dejará de estarlo ?—
Tu providencia para mí bendigo
En los que fueron mis amantes padres,
Y conturbado el corazón pregunta
¿ Cuánta es mi deuda a tu bondad sin tasa ?
Y del inerte sér desheredado
¿ Cuánta la tuya por el bien negado ?